

¡Magníficos descubrimientos los suyos, que, reputados entonces como absurdos, constituyen hoy un timbre de gloria!

Pero lo que hace más grande, más noble, más digna de respeto la persona de Galileo, fué su actitud en esa ocasión.

Era sabio y era cristiano e intimamente religioso, conoció el drama de una fingida y aparente oposición entre Ciencia y la Fe, y debiendo optar sin claudicaciones por una u otra, optó por la segunda... que si

le rebajaba a los ojos del mundo, le elevaba ante Dios... cerró los ojos a la evidencia de sus observaciones, cerró su inteligencia a la solución de aquellos problemas que tanto le apasionaran, y dedicó los últimos años y las últimas energías de su laboriosa vida, a obras exclusivamente científicas: la investigación de dos ciencias nuevas: la Mecánica y la Dinámica, que deben a él, puede decirse, su existencia.

LÉCTORA DE 'AMICITIA'

El Primer Matrimonio de "Fernán Caballero"

Cecilia Bohl de Faber se llamaba, en realidad, la conocidísima escritora española del siglo pasado, que firmaba **Fernán Caballero**. Mucho gustaron sus novelas reflejadoras de su época, del ambiente andaluz y ricas de intuiciones delicadas, de reflexiones tan penetrantes como atinadas. Creo que si tuviéramos hoy más afición a la novela constructiva y nos dejáramos llevar menos por el gusto a lo novelesco o a lo ligero, con fuerte sabor **de mentalidades** que no pueden ser la nuestra porque no son de nuestra raza, las saborearíamos con fruición también en nuestros días. En este renglón de la **novela**, nos hemos arruinado un poco el paladar. Tenemos que volver un tanto atrás, sin temor de parecer fuera de época y darnos la satisfacción de preguntar **todavía de lo nuestro**, de lo castizo, de lo sustancioso. De lo tradicionalmente cristiano, en fin.

Sin embargo, no es precisamente de las novelas de Cecilia Bohl que queríamos hablar. Más bien, es de una época de su vida, la de su primer e infortunado matrimonio, que el P. Luis Coloma reconstruye en su libro "Recuerdos de Fernán Caballero", basándose, más que en los relatos de su anciana amiga, en las pá-

ginas de una de las más difundidas entre sus novelas: "La Farisea".

Fernán Caballero no hablaba nunca, ni aún con sus amistades más íntimas de aquel período desdichado y aleccionador a la vez de su existencia. "Para esto, decía, tendría que hablar mal de dos personas, y eso no lo haré nunca". Pero lo expuso en cierto modo autobiográfico en una de sus obras. Y ahora que sabemos que la Clemencia de "La Farisea" es ciertamente la joven Cecilia Bohl, es interesante recordar el drama terrible en que la arrojó la materna impresión, y las reacciones que su espíritu delicado manifestó en él.

Pues bien, aquella joven — que en sus maduros años iba a ser célebre de incógnito, bajo un seudónimo original que para la mayoría de sus innumerables lectores la mantenía en las profundidades de **anónimo**— **encontróse de improviso**, a los **16 años**, al pie del altar, junto a un hombre que conocía sólo desde pocos días antes y que a la muy escasa experiencia de **la novia**, no añadía nada más que la **dolorosa** de sus 24 años calaveras y desvergonzados.

El matrimonio habíase concertado por parte de él... únicamente para ganar una

apuesta hecha con sus amigos.

...—“Pues, hombre, tú que no eres amigo de suspirar en balde, no debes picar tan alto.

—“Es que si se me antoja suspirar, no suspiraré en balde —dijo Fernando.

—“¡Hombre! —exclamó uno de sus compañeros— Te sabía arrogante, pero no te sabía fatuo”.

—“Apostemos —dijo pausadamente Fernando.

—“¡Está loco! — exclamaron todos a una voz.

—“Apostemos— repitió Guevara con la misma calma.

—“Fernando, te estás poniendo en ridículo; mira cómo se ríen; estás haciendo el oso — dijo a media voz un amigo suyo.

—“Apostemos— repitió por tercera vez Fernando—: pero no una onza ni dos, sino media talega. ¿Quién la lleva?

—“Yo — dijo un rico joven de Sevilla, indignado de la insolente presunción del oficial.

—“¿Diez mil reales?

—“Diez mil reales.

—“Señores, sois testigos —dijo Fernando.

—“Es preciso fijar un plazo — advirtió el oponente.

—“Ocho días: hecho — dijo el joven”.

¿Y por parte de ella? Bueno, ella estuvo realmente ausente en ese contra relámpago; fué la madre, egoísta y desapegada, con más imaginación que criterio, la que llevó a puerto el asunto.

Si no se conocían, cómo podían estimarse, ni tampoco comprenderse? A él, vulgarote, “más que agradarle, le chocaban las delicadezas de ella, y por esto nada había hecho por inspirarle confianza ni cariño.”

Ella, en cambio, tenía otra idea del matrimonio que la que podía inspirarle el

suyo propio. Lo pensaba, y justamente, basado en el amor más tierno y puro, necesitado de mutua estimación, para ser fecundo de imperecederos frutos. Esperaba que con el trato nacería la estima y de ésta el cariño. El, en cambio, no conocía más que una clase de mujeres y una clase de afectos. De lo legítimo, de lo noble, de lo delicado, bien poco, o mejor dicho, nada se entendía.

Cierto es que a uno y a otra faltaba por otra parte “la experiencia que sabe desvanecer cargos, explicando causas, hacer concesiones y sacrificar algo en lo presente para preparar el porvenir”.

Así es cómo lo que debió y pudo ser un lazo de amor, resultó para una, cadena repulsiva y pesada y para el otro, motivo de celos absurdos y crueles, de desdenes violentos y groseras injurias. ¡Y esta iba a ser toda la felicidad y la paz y el mutuo compenetrarse de aquellos cónyuges que juntos apenas alcanzaban a sumar ocho lustros!

Pero lo interesante — y lo que hace que valga la pena recordar estas miserias, todavía tan frecuentes— es otro aspecto del asunto: Cecilia reaccionó de una manera tan equilibrada y tan cristiana que nos causa cierta maravilla cuando pensamos en su extrema juventud y en su ignorancia de la vida, pero al mismo tiempo **muestra bien** a las claras que le sobraba sólida formación moral y que tenía los principios cristianos hechos carne de su carne. Esto es lo fundamental y fué su salvación. Si ignoraba las malas encrucijadas de la vida, sabía muy bien, como de ciencia infusa, los deberes que la existencia que tan voluntariamente había llegado a ser la suya, le imponía. Y, digámoslo de una vez, conocía mejor su catecismo que las divagaciones psico-filosóficas del novelista entonces de moda.

JULIA HECHART (Continuará)

